

de otra sala donde hay una riquísima colección de manuscritos. De la biblioteca se va al convento.

Aquí la imaginación humana se pierde. Si alguno de mis lectores conoce *El Estudiante de Salamanca*, de Espronceda, acuérdesese de aquel incansable joven que siguiendo á la señora misteriosa encontrada de noche á los piés de un tabernáculo, corre de calle en calle, de plaza en plaza, de travesía en travesía; y volviendo y girando, llega á un sitio donde ya no distingue las casas de Salamanca, se encuentra en una ciudad desconocida, vuelve á doblar esquinas, á cruzar plazas, á recorrer calles; y á medida que anda le parece que la ciudad se ensancha, que las calles se alargan y las travesías se cruzan más espesas; y anda todavía, y anda siempre, y anda sin descanso y no sabe si sueña, ó si está despierto, ó borracho, ó loco; y en su corazón de hierro comienza á penetrar el terror, y los más extraños fantasmas se agrupan en su mente desvanecida: tal sucede al extranjero en el Escorial.

Se penetra en un largo corredor, estrecho, que se rozan las paredes con los codos; bajo, que se da con la cabeza en la bóveda; húmedo, como gruta submarina; se llega al fondo, se tuerce, y se entra en otro corredor. Pasáis adelante, encontráis puertas, miráis: otros corredores se extienden hasta perderse de vista. En el fondo de alguno se percibe un resplandor de luz; en el fondo de otros, una puerta abierta que deja entrever una serie de aposentos. De cuando en cuando sentís rumor de pasos, os deteneis, no lo sentís ya; luego volveis á oírlos, y no sabéis si es sobre vuestra cabeza, ó á la derecha, ó á la iz-

quierda, ó detrás, ó delante. Os asomáis á una puerta, y retrocedéis atemorizados: en el fondo del interminable pasillo por donde corrían vuestros ojos, habéis descubierto un hombre inmóvil como un espectro que os miraba. Echáis adelante; salís á un patio angosto, cercado de muros altísimos, sembrado de yerba, sonoro, iluminado por una luz amarillenta, semejante á los patios de las brujas que nos describían cuando muchachos. Salís del patio, subís por una escalera, dais á una galería, miráis hácia abajo: otro patio silencioso y desierto. Penetráis en otro corredor, bajáis otra escalera, os halláis en otro patio: luego nuevamente corredores y escaleras, series de habitaciones vacías y patios angostos, y por todas partes granito, yerba, luz amarillenta, silencio de sepulcro. Durante un poco de tiempo os parece que lograréis volver sobre vuestros pasos; despues se os turba la memoria, y no recordáis ya nada; se nos antoja haber andado tres leguas, estar en aquel laberinto desde hace un mes, no poder salir nunca, os asomáis á un patio y decís:—Ya lo he visto.—No, estais equivocados: es otro. Creéis hallaros en tal parte del edificio: estais en la parte opuesta. Preguntáis al guardián dónde está el claustro; os responde:—Está aquí, —y andais todavía media hora. Os parece soñar; veis de pasada largos muros pintados al fresco, adornados de cuadros, cruces, é inscripciones; los veis y los olvidáis; os preguntáis á vosotros mismos qué sitio es aquel. De pronto aparece una luz de otro mundo; no teniais idea de luces semejantes. ¿Es efecto del reflejo del granito? ¿es la luz de la luna? No, es de día;

pero es una luz más triste que las tinieblas; falsa, siniestra, fantástica. Yendo adelante, de corredor en corredor, de patio en patio, mirais de frente con recelo, esperando ver de improviso, al doblar un ángulo, larga fila de frailes con la capucha sobre los ojos y los brazos cruzados sobre el pecho; pensais en Felipe II; os parece sentir su paso lento que se aleja por los ámbitos oscuros; recordais cuanto habeis leído de él, de sus terrores, de la Inquisición, y todo se ilumina á los ojos de la mente con súbita luz, y empezais á comprenderlo por primera vez. El Escorial es Felipe II; lo veis á cada paso, sentís su aliento, está allí todavía, vivo y espantoso, y con él las imágenes de su terrible Dios. Entónces quisierais rebelaros, y alzar el pensamiento al Dios de vuestro corazón y vuestras esperanzas, y vencer el terror misterioso que el lugar os inspira. Imposible: el Escorial os rodea, os posee, os aplasta; el frío de sus piedras penetra en vuestros huesos; la tristeza de sus laberintos sepulcrales invade vuestra alma. Si estais con un amigo, le decís:—Salgamos;—si os acompañara vuestra amante, la estrecharíais sobre el corazón con un sentimiento de temblor; si estuviérais solos, echaríais á correr. Por fin subís otra escalera, entráis en nueva habitacion, os asomais á la ventana, y saludais con un arranque de gratitud los montes, el sol, la libertad, el Dios grande y bondadoso que ama y que perdona.

¡Cómo se respira en aquella ventana! Desde allí se ven los jardines, que ocupan un espacio reducido, y son sencillísimos; pero elegantes y hermosos, y en

perfecta armonía con el edificio. Vense doce graciosas fuentes, cada una circundada por cuatro recuadros de césped que representan escudos reales, dibujados con gusto tan exquisito y redondeados con tal finura, que mirándolos desde las ventanas parecen tejidos de felpa y terciopelo, y forman con la blanca arena de los senderos graciosísimo contraste. Ni árboles, ni flores, ni cabañas; en todo el jardín no se ven más que fuentes, cuadros de césped y dos solos colores: el verde y el blanco. Tal es la belleza de aquella noble sencillez, que no se puede separar de allí la vista; y cuando se ha separado, el pensamiento retorna, y se detiene en ella con dulcísimo deleite templado por una especie de gentil tristeza. En una habitacion inmediata á la que da sobre el jardín, me hicieron ver una serie de reliquias que contemplé en silencio, sin descubrir al conserje mi íntimo sentimiento de duda: una astilla de la Santa Cruz regalada por el Papa á Isabel II, un pedazo de madera teñido con la sangre todavía visible de San Lorenzo, un tintero de Santa Teresa, y otros objetos; entre ellos un altarito portátil de Carlos V, y una corona de espinas y un par de tenazas de tortura, encontradas no sé dónde. De allí me condujeron á la cúpula de la iglesia, desde la cual se goza de un golpe de vista extraordinario. De un lado se extiende la mirada por toda la campiña montuosa que corre entre el Escorial y Madrid; de otra se ven las montañas nevadas de Guadarrama; abajo se abraza con una ojeada todo el desmesurado edificio, los largos techos de plomo, las torres; se ve el interior de los patios, de los cláustros, de los pór-

ticos, de las galerías; se pueden recorrer con el pensamiento las mil encrucijadas de los corredores y las escaleras, y decir:—Hace una hora estaba allí abajo, aquí, allá arriba; maravillarse de haber andado tanto camino, alegrarse de haber salido de aquel laberinto, de aquellas tumbas, de aquellas tinieblas, y poder regresar á la ciudad y ver de nuevo á los amigos.

Un viajero ilustre dijo que despues de haber pasado un día en el Escorial, debe uno considerarse feliz toda su vida, con sólo pensar que podría uno estar aún entre aquellas paredes y que no está. Es casi cierto. Todavía hoy, despues de tanto tiempo, en los días lluviosos, cuando estoy triste, pienso en el Escorial: luego miro las paredes de mi estancia, y me alegro; en las noches de insomnio veo los patios del Escorial; cuando estoy malo y duermo con un sueño turbado y penoso, sueño que ando por aquellos corredores, solo, en la oscuridad, seguido del fantasma de un viejo fraile, gritando y llamando á todas las puertas, sin encontrar salida, hasta que voy á dar de cabeza en el panteon, y la puerta se cierra ruidosamente á mis espaldas y quedo sepultado entre las tumbas. ¡Con qué placer volví á ver las mil luces de la Puerta del Sol, los cafés poblados de gente, y la calle grande y bulliciosa de Alcalá! Al entrar en casa armé tal estrépito, que la criada, que era una sencillota gallega, dijo á la patrona:—Me parece que el italiano se ha vuelto loco.

Los diputados en las Córtes me divertieron más que los gallos y los toros. Pude lograr un sitio en la tribuna de periodistas, y allí iba todos los días, donde me quedaba hasta terminada la sesion, pasando un rato delicioso.

El Parlamento español parece más jóven que el nuestro, no porque los diputados sean más jóvenes, sino porque son más cuidadosos y elegantes. No se ven esas cabelleras despeinadas, esas barbas incultas, esos fraques de color indefinido que dan carácter á nuestra Cámara; allí no hay más que barbas y cabellos alisados, camisas limpias, levitas negras, pantalones claros, guantes amarillos, bastones con puños de plata, y flores en los ojales. El Parlamento español transige con las exigencias de la moda. Y el lenguaje corre parejas con el modo de vestir: es alegre, vivo, florido y chispeante. Nosotros nos lamentamos de que nuestros diputados se preocupen de la forma más de lo que conviene á los oradores políticos; pero los diputados españoles cuidan de ella todavía más, y hay que confesarlo, con mucho éxito. No solo hablan con pasmosa facilidad, hasta el punto de que es muy raro que un diputado se interrumpa buscando una frase, sino que no hay uno que no se esfuerce por hablar correctamente y dar á su discurso un giro poético, un poco de gusto clásico, un ligero tinte de grandioso estilo oratorio. Los ministros más graves, los más tímidos diputados, los hacendistas más severos, hasta cuando tratan asuntos que en nada se rozan con la retórica, esmaltan sus discursos con un jardín de flores; de epigramas, anécdotas picantes, citas

y apóstrofes á la civilizacion, á la libertad y á la patria. Y hablan deprisa, como si recitaran oraciones aprendidas de memoria, con entonacion siempre mesurada y armoniosa, y una variedad de gestos y actitudes que no dá lugar al cansancio ni al fastidio. Y los diarios, al juzgar sus discursos, elogian la elevacion de estilo, la pureza de la frase, y los *rasgos sublimes* cuando hablan de sus amigos, se sobrentiende; pues en caso contrario dicen con desprecio que el estilo es ramplon, la frase incorrecta, la forma ¡dichosa forma! inculta, ruin, indigna de las grandes tradiciones de la oratoria española. Este culto por la forma y esta gran facilidad en la palabra degeneran en vanidad ampulosa. Con efecto: no deben buscarse en el Parlamento español los modelos de la verdadera elocuencia política; pero tambien es cierto, como se dice universalmente, que este Parlamento es el más rico de Europa en oradores fecundos, en el sentido vulgar de la palabra. ¡Es cosa de oír una discusion sobre un asunto de alta política que mueva las pasiones! Es una verdadera batalla. Ya no son discursos; son diluvios de palabras para volver locos á los taquígrafos y marear á los oyentes de las tribunas. Aquellas voces, aquellos ademanes, aquellos giros oratorios y aquella inspiracion, traen á la memoria la Asamblea francesa en los días turbulentos de la Revolucion. Allí se oye á un Ríos Rosas, orador violento, que domina cualquier tumulto con sus rugidos; un Martos, orador escogido, que mata con la espada del ridículo; un Pí y Margall, venerable anciano, que espanta con sus siniestros pronósticos; un Collantes, hablador in-

cansable, que aplasta á la Cámara con una avalancha de palabras; un Rodriguez, que con su maravillosa fluidez de razonamientos y rodeos persigue, envuelve y aturde á sus adversarios; y entre otros cien, un Castelar, que seduce y encanta á amigos y adversarios con un torrente de armoniosa poesía. Y Castelar, conocido de toda Europa, es en verdad la más completa expresion de la elocuencia española. Siente el culto por la forma hasta la idolatría; su elocuencia es una música; sus razonamientos son esclavos de su oído; dice una cosa ó no la dice, ó la dice en este ó aquel sentido, segun convenga al período; tiene la armonía metida en la cabeza y la sigue, la obedece y le sacrifica todo aquello que pueda ofenderla. Sus períodos son estrofas; es necesario oírle para creer que la palabra humana, sin ritmo poético y sin canto, puede llegar de aquel modo hasta la armonía del canto y de la poesía. Es más artista que hombre político, y tiene de artista no solo el espíritu, si que tambien el corazón: un corazón de niño, incapaz de ódio y de enemistad. En todos sus discursos no se encuentra una injuria; en las Córtes nunca ha provocado una séria discusion personal; jamás recurre á la sátira, y nunca emplea la ironía; en sus más violentas filípicas nunca derrama una gota de hiel; y la prueba es que—republicano, adversario de todos los ministros, periodista de lucha, acusador perpétuo de cualquiera que ejerza un poder, y de cualquiera que no sienta el fanatismo de la libertad,—no se ha hecho odiar de nadie. Por ello sus discursos se gozan y no se juzgan; su palabra es demasiado bella para ser terrible, y har-

to sincero su carácter para que ejerza influjo alguno político; no sabe disputar, maquinar, ni conducir su barca; no hace más que deleitar y brillar, su elocuencia es tan grande como tierna, y sus más bellos discursos hacen llorar. Para él la Cámara es un teatro. Como los poetas improvisadores, para que su inspiración sea robusta y serena, necesita hablar á determinada hora, sobre tal ó cual punto escogido de antemano, y tener el tiempo necesario de que disponer. Tanto es así, que el día en que debe hablar se pone de acuerdo con el presidente de la Cámara. El presidente se las compone de manera que le concede la palabra cuando las tribunas se hallan llenas, y todos los diputados se encuentran en sus sitios; los diarios anuncian la víspera, por la noche, que Castelar ha de consumir turno el día siguiente, para que las señoras puedan procurarse billetes. Tiene necesidad de ser escuchado. Antes de hablar está inquieto, nervioso, no puede parar en parte alguna, entra en el salón de sesiones, sale, vuelve á entrar y salir, se pasea por los pasillos, hojea un libro de la biblioteca, entra en el *buffet* para tomar un vaso de agua, cual si la calentura le devorase; cree que no podrá articular dos palabras, que hará reír, que le silbarán; no tiene idea clara de nada, lo confunde todo, todo lo olvida. —¿Cómo tiene usted el pulso?—le preguntan sonriendo sus amigos... Llega el momento solemne: se va á su sitio, con la cabeza baja, tembloroso, pálido como un condenado á muerte, resignado á perder en un día la gloria conquistada después de tantos años y á costa de tantas fatigas. En aquellos momentos has-

ta sus amigos le compadecen. Pero se levanta, lanza una mirada á su alrededor, y exclama:—*Señores...* Está salvado: el valor le anima, su espíritu se esclarece, y su discurso se va hilvanando en su cabeza como un canto olvidado. El presidente, las Cortes, las tribunas desaparecen; no vé más que sus ademanes, no oye más que su voz, solo siente la llama irresistible que le enciende y la fuerza misteriosa que le impulsa. Da gusto oírle decir: "Yo no veo las paredes del salón; veo pueblos y países lejanos, nunca vistos..." Habla durante horas y horas, y ni un diputado sale, nadie se mueve de las tribunas, ni una voz le interrumpe, ni un gesto le distrae; hace brillar á su placer la imagen de su república vestida de blanco y coronada de rosas, y ni los monárquicos se atreven á protestar, porque vestida de aquel modo, hasta ellos la encuentran hermosa. Castelar es dueño de la Asamblea: truena, resplandece, canta, brilla como un fuego de artificio, hace reír, arranca gritos de entusiasmo, termina entre salvas de atronadores aplausos. Tal es este famoso Castelar, catedrático de historia en la Universidad central, escritor fecundo en cuestiones políticas, artísticas y religiosas, publicista que gana cincuenta mil francos al año en los diarios de América, *Académico de la Española* elegido por unanimidad, señalado con admiración en las calles, ídolo del pueblo, querido hasta de sus propios enemigos políticos, jóven, gentil, algo vanidoso, generoso y feliz.

Y pues que hemos hablado de la elocuencia política, demos una rápida ojeada á la literatura. Repre-